

Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en el pensamiento del cardenal Joseph Ratzinger

Mons. Josef Clemens

Secretario del Pontificio Consejo para los Laicos

Artículos

Mi conferencia se limita a presentar el pensamiento del teólogo y cardenal Joseph Ratzinger, que el 19 de abril de 2005 se convirtió en nuestro papa Benedicto XVI. Esta delimitación viene justificada por una triple motivación. En primer lugar, mi voz quiere ser un signo de gratitud a nuestro Papa emérito y, en segundo lugar, me gustaría poner de relieve la contribución profunda y original ofrecida por el pensamiento del cardenal-teólogo sobre el tema de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades. Se añade, como tercer motivo, mi implicación personal en la mayor parte de estas intervenciones del entonces cardenal prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. En esa época, no era un hecho marginal que un representante de la Curia romana tan calificado tomase una postura clara y marcada en una temática tan discutida, poniendo así todo el peso de su personalidad y de su responsabilidad institucional en secundar al papa Juan Pablo II. No olvidemos que, en una parte del episcopado mundial e incluso de la Curia, había dudas y reservas sobre el pensamiento y la acción del beato Juan Pablo II en relación con la nueva estación agregativa que estaba surgiendo en la Iglesia.

Me congratulo con los responsables del Ateneo *Regina Apostolorum* por este congreso internacional, que recuerda las responsabilidades particulares de las nuevas formas del apostolado de los laicos y despierta el sentido de la oportunidad específica que ellos poseen, justo en el marco del Año de la fe que estamos viviendo. Me parece que, a causa de los hechos históricos de los últimos meses, la feliz iniciativa del papa Benedicto XVI de celebrar un especial «Annus fidei» se ha mantenido un poco a la sombra en la vida eclesial de muchas partes del mundo.

Introducción

En varias ocasiones, el cardenal Joseph Ratzinger señala que, a mediados de los años sesenta, conoció como un primer movimiento, a través de su alumno el Dr. Toni Spandri (1943-2011), el *Camino Neocatecumenal*, a continuación, al final de los años sesenta, *Comunión y Liberación* y la *Renovación Carismática* y, en los inicios de los setenta, el *Movimiento de los Focolares*.

Siguiendo la práctica del cardenal Ratzinger, utilizaré en esta conferencia el concepto de *movimiento* como una expresión general para referirme a todas las nuevas realidades eclesiales, como son la comunidad, el movimiento, la asociación, el camino y la fraternidad.

El cardenal-teólogo propone una definición del concepto de *movimiento* en su lección magistral *Los movimientos eclesiales y su posición teológica*, tenida en 1998 con motivo del primer Congreso mundial de los movimientos eclesiales en Roma. Partiendo del movimiento franciscano del siglo XIII, afirma: «Los movimientos surgen en su mayoría de una personalidad guía carismática, se configuran en comunidades concretas que, en virtud de su origen, reviven el Evangelio en su integridad y sin vacilación reconocen en la Iglesia su razón de vivir, sin la cual no podrían subsistir».

Sus declaraciones en el *Informe sobre la fe* amplían el horizonte trazado, y hace más una descripción fenomenológica que una verdadera y propia definición:

Lo que nos lleva a la esperanza en el nivel de la Iglesia universal —y esto ocurre en el corazón de la crisis de Iglesia en el mundo occidental— es el surgimiento de nuevos movimientos, que nadie ha proyectado, sino que han brotado espontáneamente de la vitalidad interna de la propia fe. Se manifiesta en ellos —suavemente— algo así como una estación de Pentecostés en la Iglesia [...]. Cada vez encuentro más grupos de jóvenes resueltos y sin inhibiciones para vivir plenamente la fe de la Iglesia y dotados de un gran impulso misionero. La intensa vida de oración presente en estos Movimientos no implica un refugiarse en el intimismo o un encerrarse en una vida ‘privada’. En ellos se ve simplemente una catolicidad total e indivisa. La alegría de la fe que manifiestan es algo contagioso y resulta un genuino y espontáneo vivero de vocaciones para el sacerdocio ministerial y la vida religiosa.¹

¹ J. Ratzinger, *Informe sobre la fe*, pp. 48 y ss.

Teniendo en cuenta que hace treinta años no había en Alemania, a diferencia de en las asociaciones clásicas católicas (tales como la Obra de Kolping, el Movimiento de los trabajadores católicos/KAB, la Asociación de Mujeres Católicas o los Scouts de San Jorge), sino pequeños grupos de personas en los movimientos, podría impresionar su juicio. Me parece que en su primera posición pública sobre los nuevos movimientos, que se produjo en el verano de 1984, nos encontramos ya con los elementos esenciales que conformarían el pensamiento del cardenal Ratzinger al respecto:

- Los movimientos como un fenómeno a nivel de la Iglesia universal.
- Los movimientos como dones del Espíritu Santo.
- Los movimientos como expresión de la juventud y la catolicidad.
- Los movimientos como lugares de fe vivida en modo íntegro y alegre.
- Los movimientos como protagonistas de la misión y el compromiso social.
- Los movimientos como una «cuna» para las vocaciones sacerdotales y religiosas.

1. El origen y la naturaleza de los movimientos

Los movimientos como dones del Espíritu y frutos del Concilio

La amplia respuesta del cardenal al periodista Vittorio Messori sobre los movimientos se encuentra en el marco de su evaluación del período post-conciliar. Después de la constatación de la interpretación incompleta y unilateral de los textos conciliares y de la discusión de algunos desarrollos menos positivos en el post-concilio, el periodista italiano le preguntó si podría también enumerar algunos elementos positivos de este período complejo de la historia de la Iglesia. El cardenal le indica precisamente el nacimiento de los movimientos como el primer elemento positivo a nivel de la Iglesia universal.

Para el cardenal-teólogo Ratzinger los movimientos nacieron de la fuerza interior de la fe misma. Son verdaderos *dones del Espíritu Santo*, *signos de esperanza* y *elementos verdaderamente vivificantes* en el período post-conciliar. Me gustaría mencionar algunas de sus expresiones, llenas de entusiasmo: «Pero he aquí, de pronto, algo que nadie había planeado. He aquí que el Espíritu Santo, por así decirlo, había pedido de nuevo la palabra»; o: «Es maravilloso que el Espíritu sea más fuerte que nuestros programas y valoraciones, mucho más de lo que habíamos imaginado»; o:

«Deben ser dados y de hecho son dados». Hay que subrayar que el origen neumático constituye el presupuesto y el fundamento de sus reflexiones.

Se presenta espontáneamente la pregunta: ¿cómo una persona de juicio bastante moderado y reflexivo está tan entusiasmado con estas «nuevas irrupciones del Espíritu»? La respuesta se encuentra en el diálogo con los obispos de 1999, cuando el cardenal habla de dos experiencias muy negativas del período post-conciliar, vividas en primera persona como profesor universitario en Münster, Tubinga y Ratisbona; y luego como arzobispo de la diócesis de Munich y Frisinga. Se trata de la pérdida de entusiasmo y del perfil eclesial de la teología académica y la creciente burocratización de la Iglesia en Alemania. Dice el cardenal y teólogo:

Ver estos dos peligros para la Iglesia —una teología que ya no es un ir de la fe a la razón, sino una opresión de la fe por parte de una razón reducida, y la burocratización, que no sirve para abrir las puertas de la fe, sino que se cierra en sí misma— en un momento en que estos dos factores sólo eran ya demasiado evidentes, he acogido la novedad de los movimientos como un gesto del buen Dios: veía que el Concilio estaba dando frutos, que el Señor estaba presente en su Iglesia; y, donde todos nuestros esfuerzos que, a pesar de ser buenas intenciones [...] no llevaban frutos, sino que, al contrario, se volvían contraproducentes, el Señor encontraba las puertas y las abría con su presencia allí donde los únicos recursos eran la fe y la gracia.²

El cardenal vuelve a tomar cartas en el asunto sobre el segundo elemento, el de la burocratización. Algunos ambientes de la Iglesia, sobre todo en Alemania, esperaban una renovación de la Iglesia a través de un fortalecimiento de las diversas oficinas eclesíásticas o una pormenorizada planificación pastoral. Estos ambientes sobrevaloraron la utilidad pastoral de numerosos comisiones y consejos y se volvieron ciegos ante el fracaso de las iniciativas emprendidas. En este contexto, también pone el énfasis en la necesaria reforma y continuación de las estructuras de la Iglesia.

El cardenal Ratzinger, sin embargo, está firmemente convencido de que una teología concebida y enseñada como una ciencia puramente académi-

² J. Ratzinger, *Diálogo con el cardenal Joseph Ratzinger*, en: *Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos*. Edición italiana: *Dialogo con il cardinale Joseph Ratzinger*, en: Pontificium Consilium pro Laicis (ed.), *I movimenti nella sollecitudine pastorale dei vescovi*, (Coll. Laici oggi 4), Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2000 (pp. 223-255), p. 225. La traducción es nuestra. También para esta obra las páginas corresponden a la edición italiana.

ca y una burocratización cada vez mayor de la iglesia no favorecen la entrada de los dones del Espíritu Santo, sino que levantan barreras en orden a su acción. Una planificación pastoral, de tipo burocrático, provoca el efecto de una cierta uniformidad en la vida de la Iglesia, que se siente de alguna manera *perturbada* por la variedad de movimientos, entre los cuales podrá existir: «una religiosidad “focular” y una catecumenal, una religiosidad de matriz Schönstatt o Cursillo, o de Comunión y Liberación; así como hay una franciscana o dominicana o benedictina. La riqueza de la fe permite muchas direcciones y vivir juntos bajo el mismo y en el mismo edificio».

Así es como nacen los contrastes entre los movimientos y un cierto *establishment* eclesial, que rechaza esta variedad de enfoques, caminos y expresiones *simples* de la fe y, por lo tanto, coloca resistencias y obstáculos, tanto en el momento de su inclusión en la Iglesia local o en ocasión de la aprobación de los estatutos pertinentes. Para el cardenal Ratzinger, sin embargo, la diversidad es una expresión legítima y expresión necesaria de la vivacidad y la catolicidad de la Iglesia.

Criterios básicos de discernimiento

La integración fructuosa de los movimientos en el tejido eclesial requiere claridad sobre los criterios básicos de discernimiento de las diversas experiencias. Como primer criterio esencial, el cardenal Ratzinger coloca el hecho de que tenga sus raíces en la fe de la Iglesia: «Quien no comparte la fe apostólica no llevar adelante la actividad apostólica». De la unidad de la fe surge un fuerte deseo de unidad, de estar en la comunidad viva de la Iglesia, es decir, de encontrarse en unión con los sucesores de los Apóstoles y con el Sucesor de Pedro. De aquí surge la obligación de integrarse en la vida de la Iglesia local y universal.

El segundo criterio es el deseo de la vida apostólica. Por supuesto, los tres elementos propios de la vida apostólica (pobreza, castidad, obediencia) no pueden vivirse de la misma manera por todos los miembros de un movimiento (consagrados, amigos, familias); pero son para todos puntos de orientación en su vida personal. La intención de la vida apostólica implica también la firme decisión de querer, en primer lugar, servir al anuncio del Evangelio y, relacionado con ello, también servir a los necesitados.

«Todo esto [...] presupone un profundo encuentro personal con Cristo. [...] Solamente cuando la persona es tocada y conmovida por Cristo en lo más profundo de su intimidad, se puede tocar la intimidad del otro, sólo entonces puede darse la reconciliación en el Espíritu Santo, sólo entonces

puede construirse una verdadera comunión». Esta estructura básica cristológico-neumatológica y existencial puede tener diferentes matices, en los cuales se da sin interrupción la novedad del cristianismo y la renovación de la juventud de la Iglesia por parte del Espíritu.

Como el mayor peligro presente en los movimientos, el cardenal ve la unilateralidad y la exclusividad, que vienen de la absolutización de un carisma particular, cuando una «parte» se considera como el «todo». De ahí también, el riesgo de un enfrentamiento con la Iglesia local, que generalmente obedecerá a algún defecto por ambas partes.

2. Los movimientos y el ministerio petrino

En el pensamiento del cardenal Ratzinger, tiene mucha importancia la cuestión de la relación entre el ministerio de Pedro y los movimientos eclesiales. En el amplio tratamiento de este tema, nos encontramos con una respuesta a la cuestión surgida en muchos sectores de la Iglesia, incluso entre algunos obispos y conferencias episcopales: ¿por qué el Papado, especialmente el difunto papa Juan Pablo II, *apoya* a los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades?, ¿cuál es la relación con el ministerio petrino, indicado por el cardenal como el lugar teológico de los movimientos en la Iglesia?

La sucesión apostólica

El cardenal Ratzinger elige, para responder, una perspectiva histórica, es decir, la sucesión apostólica y los movimientos apostólicos en la historia de la Iglesia. En la investigación dirigida a la identificación de la relación entre los ministerios universales y los locales, evidencia que son los Doce, llamados más tarde “apóstoles”, los portadores del mandato misionero universal de Cristo. Se les da la tarea de llevar el mensaje de Cristo «hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8) y de hacer «a todos los hombres» discípulos de Cristo (Mt 28, 19). Los apóstoles no eran obispos de las Iglesias locales, sino que, como “apóstoles” enviados a todo el mundo, ellos sirven a la edificación de la única Iglesia. Y el cardenal concluye con una frase ya célebre: «la Iglesia universal precede a las Iglesias locales que surgen como actuaciones concretas de ella». A partir de la predicación de los apóstoles, nacen las Iglesias locales; las cuales posteriormente requieren disponer de sus propios responsables que plasman la vida de comunidad: ellos deben garantizar la unidad de la fe con la Iglesia universal y deben mantener abiertas las puertas de la comunidad, para invitar a otras personas a compartir

su propia fe. Con el tiempo, los responsables de las comunidades locales encuentran una forma estable y unitaria en la tríada de episcopado, presbiterado y diaconado.

La presencia de dos clases de ministerio, es decir, el ministerio estable y el «itinerante», se prolonga hasta el siglo II, cuando se presenta la cuestión de la continuidad de la sucesión apostólica. En san Ireneo de Lyon, se puede reconocer la clara conciencia de que, después de la desaparición de los «itinerantes», este atributo (la sucesión apostólica) ha pasado a los obispos locales, cuyo ministerio incluye los dos elementos fundamentales: deben garantizar la continuidad y la unidad de la fe, y una «continuidad sacramental». A los obispos se les confía el mandato misionero de Cristo y a ellos compete que la Iglesia mantenga su universalidad y unidad. Siempre existe el peligro de la reducción del ministerio de la sucesión apostólica exclusivamente a nivel de la Iglesia local, olvidando la universalidad del mandato de Cristo.

Los movimientos apostólicos en la historia

Junto a la forma estable del ministerio episcopal, que asume el servicio apostólico, aparece por primera vez, en el siglo III, una realidad que se podría definir como un “movimiento”: el monaquismo.

Una primera analogía con los movimientos actuales se reconoce en la decisión de una vida evangélica integral. Al igual que en Antonio, más tarde en Francisco, hay una voluntad de vivir el Evangelio en su totalidad. Ambos quieren tomarse en serio y rigurosamente el Evangelio “a la letra”, ambos quieren seguir a Cristo en pobreza total y quieren conformar su vida con la suya.

Una segunda analogía se puede reconocer en Basilio, que no quiere crear una propia institución junto a la Iglesia institucional. Su *regla* no es tanto una regla para los religiosos, sino una regla «eclesial». Es lo mismo en los movimientos de nuestro siglo: no parecen tanto unas comunidades en particular, sino una representación del cristianismo “integral”, que busca la Iglesia que obedece al Evangelio y vive del Evangelio.

Una tercera analogía con los movimientos de hoy en día se encuentra de nuevo en el mismo Basilio, en el hecho de que el seguimiento radical de Cristo se difunde a nivel de la Iglesia universal, pasando más allá de los confines de las Iglesias locales.

En resumen, podemos decir que los movimientos en la historia de la Iglesia son una realidad de la Iglesia universal en la Iglesia particular: na-

cen del deseo de una vida apostólica plena, revitalizan las Iglesias locales y representan una continua referencia a la obligación de la misión universal.

Los movimientos y el Papado

Presentando, en un segundo momento, la conexión histórica del Papado con los diversos movimientos, el cardenal Ratzinger resalta la tarea de la evangelización como una dimensión propia a la vida evangélica. A este respecto, la historia de la Iglesia constata cinco oleadas de movimientos que siguen el monaquismo primitivo y que sirven para identificar la «esencia espiritual» de un movimiento.

Desde el pontificado de Gregorio Magno (590-604) al de Gregorio III (731-741), se desarrolla una *primera oleada* de la actividad misionera, con el envío de Agustín de Canterbury a los pueblos paganos anglos en las islas británicas y la evangelización de los pueblos germánicos, a los que seguirá en el siglo IX, la conversión de los eslavos por obra de Cirilo y Metodio.

Valorando el gran florecimiento del monaquismo misionero, el cardenal presenta dos de los elementos constitutivos de la realidad de un movimiento. El primer elemento lo expresa así: «El Papado no ha creado los movimientos, pero ha sido su esencial sostén dentro de la estructura de la Iglesia, su pilar eclesial». Y añade: «el obispo de Roma no es sólo el obispo de una Iglesia local; su ministerio alcanza siempre a la Iglesia universal. En cuanto tal, tiene un carácter apostólico en un sentido totalmente específico. Debe mantener vivo el dinamismo misionero *ad extra* y *ad intra*». El cardenal continúa: «No es por casualidad que desde la mitad del siglo II [...], los papas hayan manifestado con claridad creciente la voluntad de tutelar los componentes ya mencionados de la misión apostólica. Los movimientos, que superan el ámbito de la estructura de la Iglesia local, y el Papado, van siempre codo a codo, y no por casualidad». Ya en sus tiempos de profesor, Ratzinger, estudiando la doctrina del primado en san Buenaventura, había argumentado que el «amparo papal» fue el factor decisivo en la difusión y la vitalidad apostólica de las órdenes mendicantes, las cuales se conciben como una fuerza de Iglesia universal operantes en las Iglesias particulares.

El segundo elemento constitutivo del movimiento surge, en el transcurso del tiempo, de su voluntad de una vida apostólica «integral», ya que «ahora se pone en evidencia que la vida evangélica incluye el servicio de la evangelización: la pobreza y la libertad de vivir según el Evangelio son pre-

supuestos de aquel servicio al Evangelio que supera los confines del propio país y de la propia comunidad y que [...] es a su vez la meta y la íntima motivación de la vida evangélica».

Menciono sólo la *segunda oleada* del movimiento de reforma monástica de Cluny, del siglo X, que también se apoya en el Papado.

La *tercera oleada* de movimientos apostólicos consiste en el movimiento franciscano y dominicano del siglo XIII. En la persona de Francisco se entrelazan inseparablemente los dos significados del concepto de “vida evangélica”: «el que vive el Evangelio en la pobreza de la renuncia a los bienes y a la descendencia, debe por lo mismo anunciar el Evangelio». Un paso significativo se produce con Tomás de Aquino, quien suma al modelo de “vida común reglada” según los Hechos 4, 32 («un solo corazón y alma»), el “mandato misionero” de Jesús según *Mat* 10, 5-15.

La *cuarta oleada* se encuentra en los movimientos de evangelización del siglo XVI protagonizados por jesuitas, dominicos y franciscanos, y, por último, la *quinta oleada* está representada por los movimientos apostólicos que nacen en el siglo XIX, con la fundación de las nuevas congregaciones misioneras, en las cuales el movimiento femenino, que no había faltado en los siglos anteriores, reviste una nueva importancia.

Estos desarrollos históricos han llevado a una ampliación y profundización del concepto de la sucesión apostólica. Aquí está el comentario del cardenal: «Antes que nada, que es firmemente sostenida, como núcleo de este concepto, la estructura sacramental de la Iglesia, en la cual ella recibe siempre de nuevo la herencia de los apóstoles, el legado de Cristo. En virtud del sacramento, en el cual Cristo opera por la fuerza del Espíritu Santo, ella se distingue de todas las demás instituciones. El sacramento significa que la Iglesia vive y es continuamente recreada por el Señor, como “creatura del Espíritu Santo”». Deben mantenerse los dos elementos inseparablemente unidos del sacramento, es decir, el elemento de la encarnación-cristológico, que es el vínculo que une a la Iglesia a la unicidad de la Encarnación y al evento pascual, el vínculo con la acción de Dios en la historia, y, al mismo tiempo, la actualización de este evento por gracia del Espíritu Santo, es decir, el componente cristológico-pneuma-ontológico, que asegura la continuidad y la novedad de la Iglesia viva. Aquí se puede reconocer la esencia de la sucesión apostólica, el núcleo originario del concepto de Iglesia sacramental. La reducción de este núcleo al ámbito local solamente empobrece. El Papado encarna un aspecto esencial e indispensable del mandato apostólico, es decir, la necesidad de servicios y misiones supra-locales como expresión de la dimensión de la evangelización y en previ-

sión de su realización. «El papa necesita de estos servicios, y éstos necesitan de él, y en la reciprocidad de los dos tipos de misión se cumple la sinfonía de la vida eclesial».

El cardenal resume así su pensamiento: «Resumiendo todo, podemos afirmar incluso que el primado del sucesor de Pedro existe para garantizar estos componentes esenciales de la vida eclesial y conectarlos ordenadamente con las estructuras de las Iglesias locales». Mirando hacia atrás, nos hace ver que, a pesar de todas las dificultades, las nuevas efusiones del Espíritu Santo siempre han encontrado su debido espacio en la Iglesia gracias al ministerio petrino.

3. Los movimientos como lugares de fe integral y vivida

Los movimientos como expresión de la “juventud”

El cardenal Ratzinger, en su respuesta a Vittorio Messori, se centra en los jóvenes que se adhieren «incondicionalmente» a la fe católica y que la quieren vivir en su «plenitud». Esta completa y total catolicidad lleva a una alegría que «contagia» y suscita no pocas vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. A diferencia de la experiencia de un catolicismo cansado y que duda de sí mismo, en estos jóvenes —miembros y amigos de los movimientos— se encuentra una fe fresca y entusiasta, como se constata en las Jornadas Mundiales de la Juventud, instituidas por el papa Juan Pablo II, el año 1984.

Los movimientos como protagonistas de la misión

Un año después de la clausura del Concilio Vaticano II, el que sería profesor de dogmática e historia del dogma en Tubinga dedica un ensayo a las declaraciones conciliares sobre la misión (fuera del decreto «*Ad Gentes*»). Comentando el Decreto sobre el Apostolado de los laicos, insiste ya en la necesidad de una renovada toma de conciencia del carácter dinámico y misionero de ser cristiano: «Ser cristiano significa, de por sí, ir más allá de la propia persona. Está, por lo tanto, caracterizado por un carácter misionero y se debe expresar necesariamente —en todo tiempo y en todo verdadero creyente— en una actividad exterior, adecuada para dar cuenta de su naturaleza más profunda».

Una de las grandes esperanzas que el profesor Ratzinger atribuye al evento conciliar, en el que comenzó a participar como perito a la edad de

treinta y ocho años, es el redescubrimiento de la dimensión misionera de la existencia cristiana. La acogida tan abierta de los movimientos por parte del Arzobispo de Munich y Frisinga y la evaluación tan positiva del Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe se explican a la luz de esta esperanza.

Dado que muchos de nuestros contemporáneos no han sido alcanzados por la Palabra de Dios, hay una necesidad cada vez más urgente de los hombres y mujeres que viven su fe «intacta» y de una manera «integral». La «explosión del secularismo» o «la apostasía de masa» en algunos países europeos podría empujar a los cristianos a otro «movimiento», que consiste en refugiarse en círculos cerrados; pero el cristiano no debe nunca olvidar que se le ha confiado «una misión universal, porque es siempre Dios Creador, el Dios de todos, el que está en juego, y si nosotros hemos conocido, por gracia, su voz, su Revelación, tenemos la responsabilidad de hacer resonar este mensaje en el mundo».

Por ello existe una necesidad urgente de una conciencia renovada —y de una acción— para que el Evangelio pueda llegar a todos los hombres. Gracias al empuje misionero, los movimientos son de gran ayuda a la Iglesia de cara a enfrentar este desafío. Por eso el cardenal celebra con entusiasmo la fuerza —por así decir— contra corriente de los movimientos, «como un gesto del buen Dios» que «encontraba las puertas y las abría de golpe con su presencia, allí donde los únicos recursos eran los de la fe y de la gracia».

Por supuesto que se plantea la pregunta fundamental: ¿cómo abrir las puertas a Cristo? Los dos elementos principales de la respuesta del cardenal son el impulso y el entusiasmo por la fe, y una fe vivida con alegría. Añade, mirando al surgir de los movimientos: «Y en hombres jóvenes y en mujeres jóvenes renacía la fe, sin “si” ni “pero”, sin subterfugios ni escapatorias, vivida en su integridad como don, como un regalo precioso que ayuda a vivir». Así se abren las puertas a Cristo, como lo demuestran tantos movimientos, que están “en primera línea” en este compromiso apostólico.

Los movimientos y el compromiso social

Entre las objeciones contra los movimientos, se encuentra la acusación de estar ciegos o pasivos ante los grandes retos sociales de nuestro tiempo, es decir, las nuevas realidades asociativas serían demasiado autorreferenciales y sobre todo “espirituales”. Hay que responder que, para el cristiano, no existe una verdadera alternativa entre el cuidado de la espiritualidad y el compromiso social. También es cierto que cada compromiso a favor del

prójimo requiere una base estable y una dirección firme. Así que el cardenal clarifica que «la pura actividad, de hecho, no puede sobrevivir sin un fundamento doctrinal y, si esta doctrina no proviene de la fe, se terminará buscando otros fundamentos».

Ayudar a los pobres y los esfuerzos por un orden justo social y en la convivencia pacífica internacional encuentran en Cristo la medida y un punto constante de referencia, para crear una auténtica civilización que se abre hacia una civilización del amor. Es cierto que, en general, la finalidad de los movimientos de desear vivir una auténtica vida apostólica no admite una oposición entre la evangelización y el compromiso social, como lo demuestran muchas nuevas realidades eclesiales. Se puede ver, en muchas de ellas, la concepción que el cardenal describe en la conferencia del 98, donde se afirma que «La vida apostólica [...] no es un fin en sí misma, más bien da la libertad para el servicio. La vida apostólica implica acción apostólica: en primer lugar, [...] está el anuncio del Evangelio: el elemento misionero». Pero el cardenal añade: «En el seguimiento de Cristo la evangelización es siempre, en primer lugar, *evangelizare pauperibus*, anunciar el Evangelio a los pobres. Pero eso no se hace solamente con palabras; el amor, que es el corazón del anuncio, su centro de verdad y su centro operativo, debe ser vivido y hacerse él mismo anuncio. Por lo tanto, a la evangelización está siempre unido el servicio social, en cualquier de sus formas».

Este enfoque rechaza algunas tendencias teológicas de las últimas décadas que, debido a la gran miseria presente en muchas partes del mundo, dando “prioridad” a los servicios sociales, de hecho, parece “sustituir” la evangelización por los servicios sociales, encontrando sus raíces en ciertas ideologías, y no en la fe de la Iglesia. Contra estas tendencias, el cardenal dice que la fe auténtica, como encuentro con Cristo y experiencia de la cercanía de Dios, inspira toda acción del cristiano y también se alimenta de su compromiso social.

4. Los movimientos y las Iglesias locales

El papel y la responsabilidad del obispo

La quinta y última parte de mi conferencia trata de responder a la pregunta, surgida en algunas diócesis y conferencias episcopales: ¿cómo pueden caminar juntos Iglesias locales y movimientos?

Considerando bien el origen y la dimensión neumática de los ministerios de la Iglesia y el origen espiritual de los movimientos, no puede nacer en principio un verdadero conflicto con la Iglesia local, especialmente en la acción misionera. De hecho, las fuerzas de unas y otras partes deben unirse en esta tarea común de la evangelización. El cardenal recuerda la estructura episcopal (neumática) de la Iglesia y la responsabilidad específica del obispo:

El obispo, en particular, es el responsable de la Iglesia en su diócesis y por lo tanto es al obispo quien tiene la decisión final sobre cómo los movimientos deben actuar, sobre cómo deben injertarse. Pero [...] al mismo tiempo, se supone, con razón, que el obispo siente la responsabilidad de no extinguir el Espíritu, “examinad cada cosa” (cf. 1 Tes 5, 19-21). El obispo tiene el deber de discernir y también ayudará a estos movimientos a purificarse en cuanto sea necesario [...]. El obispo también debe ayudar a los párrocos a abrirse a estas realidades y a guiarlas [...]. Yo pienso que es importante que esta conexión entre las grandes reglas que ya existen y las que están siendo desarrolladas por los diferentes movimientos, y el carisma personal del obispo y del párroco que reconocen el don y al mismo tiempo reconocen su obligación de introducir los movimientos en la vida de la diócesis y de la parroquia.

Lo mismo ocurre con el deseo de vivir una auténtica vida evangélica, que no puede provocar verdaderos contrastes con los responsables de las Iglesias locales, aunque sean posibles las diferencias a nivel de mentalidad y también en las propuestas prácticas y metodológicas.

Por supuesto que hay riesgos y peligros en ambas partes. En contra de la tendencia que ya se observa en algunas de una cierta cerrazón y unilateralidad, la exclusividad y el absolutismo, el cardenal recomienda como remedio un fecundo intercambio recíproco a todos los niveles, en el cual compete al obispo, en cuanto tiene la responsabilidad de no apagar la Espiritu, un papel importante de mediador.

Por otro lado, también pueden verificarse tensiones de los movimientos con las Iglesias locales a causa de la conformidad de éstas con el mundo, dado que las nuevas realidades, con su vivacidad, perturban la tranquilidad y la indiferencia de algunas comunidades locales. También pueden existir reservas ante un incondicionado compromiso misionero de los movimientos, por quienes prefieren un compromiso de carácter social y han terminado con el tiempo por dejar a un lado o en segundo lugar la evangelización. ¿Qué debe hacer entonces el obispo? Como actitud general, el cardenal pidió a los obispos *mantener las puertas abiertas y dejar espacio* para

la expansión de los varios caminos y la expresión de los diversos planteamientos. Los obispos no deben olvidar que esas nuevas “irrupciones” son dones del Espíritu Santo para la Iglesia y deben ser aceptadas como tales. Al igual que en el caso de la vida monástica, no debe temerse que los movimientos rompan la unidad de la Iglesia con su obispo.

Cada obispo es responsable, como padre y pastor de la Iglesia particular, de acompañar a los movimientos con comprensión y generosidad, que deben ser virtudes fundamentales de cada obispo, excluyendo ciertas actitudes de desconfianza o de superioridad intelectual. El acompañamiento constante de los movimientos sirve para mantener la unidad en la Iglesia (cf. LG 23), ayuda a superar los cerrazones, y también incluye la tarea de discernir y de corregir. El obispo está invitado a integrar lo particular en el conjunto de la Iglesia local (cf. *Christus Dominus*, 17). Un criterio esencial del discernimiento —como ya se ha dicho— es el estar enraizados en la fe de la Iglesia. El obispo debe mantener vivo, a través de su persona, el deseo de la Iglesia local de acoger con los brazos abiertos los dones prometidos del Espíritu Santo.

El obispo, como “representante” de la Iglesia universal en la Iglesia local, debe tener las puertas abiertas hacia la “catolicidad”; debe mantener vivo el compromiso misionero *ad extra* y también *ad intra* y esto significa que tiene que apoyar y alentar cada empuje misionero.

Los mismos obispos, a veces, necesitan correcciones, cuando exigen uniformidad absoluta en la organización y planificación pastoral. En este sentido, el cardenal advierte: «No pueden ensalzar sus proyectos pastorales, como medida de aquello que le está permitido realizar al Espíritu Santo: ante meros proyectos humanos puede suceder que las Iglesias se hagan impenetrables al espíritu de Dios, a la fuerza que las vivifica». Lo mismo se aplica a ciertas orientaciones o líneas pastorales de las conferencias episcopales: «También ellas deben guardarse de uniformar pastoralmente en demasía. También ellas deben seguir las reglas de san Pablo: “No apaguéis el Espíritu [...]. Examinad cada cosa y quedaos con lo bueno” (1 Tes 5, 19-21)». El cardenal comenta, en caso de posibles divergencias, sobre un rápido reclamo a la “comunidad” eclesial: «Un proyecto de unidad eclesial, donde se liquidan *a priori* los conflictos como meras polarizaciones y la paz interna es obtenida al precio de la renuncia a la totalidad del testimonio, pronto se revelaría ilusorio».

La acción del Espíritu Santo es de nuevo “el” centro de coordinación de ambas partes, Iglesias locales y movimientos: «Las dos partes deben dejarse educar por el Espíritu Santo y también por la autoridad eclesiástica, deben

aprender el olvido de sí mismos sin el cual no es posible el consenso interior a la multiplicidad de formas que puede adquirir la fe vivida. Las dos partes deben aprender una de la otra a dejarse purificar, a soportarse y a encontrar la vía que conduce a aquellas conductas de las que habla Pablo en el himno de la caridad (1 Cor 13, 4-7)».

Los movimientos en la Iglesia local

Concretando el lugar de los movimientos en las Iglesias locales, el cardenal parte de la disponibilidad necesaria «para conformar el propio camino al servicio que siempre se haga a la Iglesia en su conjunto y dejar atrás el particularismo y el riesgo de encerrarse». Además, es necesario, como se describió anteriormente, el anclaje en la auténtica fe de la Iglesia.

El movimiento debe buscar continuamente la unidad con el obispo local, pidiendo su consentimiento y consultándolo sobre sus proyectos antes de llevar a cabo las actividades apostólicas. ¡No se puede evangelizar en contra de la Iglesia local! Este diálogo con el obispo sirve para arraigar cada vez más en la diócesis, a no ser un cuerpo extraño. Una cooperación fructífera requiere el conocimiento de la situación pastoral, formación adecuada y la renuncia a la “exportación” mecánica de modelos o de mentalidad extraña.

Me parece que la recepción de los movimientos tan abierta por parte del cardenal Ratzinger (y del papa Benedicto XVI) se explica, además de por la valoración de ellos como frutos positivos del Concilio Vaticano II, también por su esperanza en nuevas formas de fraternidad cristiana. El joven profesor de teología dogmática y fundamental de Frisinga presenta ya en 1958, en un pequeño libro, la fraternidad como “principio vivificante y correctivo” dentro de la comunidad eclesial, que tiene consecuencias incisivas en la vida de la parroquia, pero también en todos grupos de la Iglesia. En este sentido, el cardenal, en el diálogo con los obispos, dijo: «Ellos [los movimientos], de hecho, ofrecen esta experiencia gozosa y el espíritu de familiaridad indispensable en la sociedad de masas»; y continúa: «Los movimientos, me parece, tienen esta especificidad de ayudar a reconocer en una gran Iglesia, que podría aparecer como una gran organización internacional, la casa donde se encuentra el ambiente de la familia de Dios y, al mismo tiempo, que permanece en la gran familia de los santos de todos los tiempos».

Alentar y apoyar a los nuevos movimientos como a las células de la fraternidad cristiana y elementos de fermentación, abiertos y dirigidos a la

obra de evangelización, éste ha sido uno de los principales proyectos del cardenal Ratzinger y del papa emérito Benedicto XVI!

Conclusión

¡Queridos hermanos y hermanas en Cristo!

Después de este largo viaje, yo diría que el pensamiento del cardenal Ratzinger sobre los movimientos circula — como en la forma geométrica de la elipse— alrededor de dos puntos focales, a saber: los movimientos son dones del Espíritu Santo a la Iglesia de nuestro tiempo y los movimientos son lugares de una *fe* viva y misionera. Los movimientos aceptan los dones del Espíritu Santo: «*Gabe*» [regalo] y lo aceptan como un «*Aufgabe*», es decir, como una *tarea*, la de la “traducción” y “transmisión”, que es el mayor desafío para la Iglesia de nuestro tiempo.

Quiero terminar mis pensamientos con las palabras de «gratitud y alegría» que el cardenal Joseph Ratzinger pronunció hace quince años, al final del primer seminario del Consejo Pontificio para los Laicos

pues es muy evidente que el Espíritu Santo continúa actuando en la Iglesia con nuevos dones, gracias a los cuales ella revive el gozo de su juventud [...]. Gratitud por tantas personas, jóvenes y ancianas, que siguen la llamada del Espíritu y, sin mirar atrás o alrededor, se lanzan alegremente al servicio del Evangelio. Gratitud por los obispos que se abren a nuevos caminos, les hacen puesto en sus respectivas iglesias, discuten pacientemente con sus responsables para ayudarles a superar toda unilateralidad y para conducirlos a la justa conformidad.

Y el cardenal concluyó con un gran agradecimiento a Juan Pablo II que yo quisiera, en este momento y en este lugar, ampliar también a nuestro emérito Papa Benedicto XVI. Al igual que su predecesor, el beato Juan Pablo II, Benedicto XVI también ha querido llevarnos a Cristo, nuestro Salvador: «Cristo vive y desde el Padre envía al Espíritu Santo: ésta es la gozosa y vivificante experiencia que se nos concede precisamente en el encuentro con los movimientos eclesiales de nuestro tiempo».